

Política de nivelación

Los alarmistas, haciendo coro á los conservadores desengañados, que saben ya que no figuran en la lista de los privilegiados, esperaban un suceso extraordinario del Consejo de ministros celebrado el miércoles último, contando, sin duda, con las declaraciones oficiosas de Villaverde que han publicado los periódicos, y fiando en la fiereza del ministro de Hacienda, que plantearía la crisis.

No ha sucedido nada, sin embargo, y todo hace esperar que la política de nivelación es una nueva mixtificación y un engaño más.

Silvela, con sus habilidades, ha encontrado la fórmula para contener á su genial compañero y antiguo correligionario y evitar el disgusto de los otros ministros que piden aumento en los gastos de sus respectivos departamentos.

La fórmula es un sofisma: "Mantener la política de nivelación sobre la base de contener dentro de las necesidades los servicios públicos, no estableciendo nuevo gasto sin que esté dotado de ingresos que cubran su importe con los excedentes precisos para atender á la consolidación del crédito y regulación de la Hacienda pública."

Así se da gusto á los ministros que presentan su presupuesto con mayores cifras que el actual, y se facilita al ministro de Hacienda una rectificación en la actitud de resistencia en que éste se ha colocado; pero el señor Silvela no ha tenido en cuenta que su carísimo compañero el señor Villaverde ha ido demasiado lejos en afirmaciones muy concretas, y puntualizado su pensamiento en términos que cualquiera rectificación echa por tierra todo el pensamiento y los propósitos del ministro, y que un hombre de su carácter y sus energías no parece muy á propósito á una rectificación vergonzosa que acabaría con sus prestigios y con su fama.

Pronto hemos de ver quién vence ó qué tendencia se impone en el Gobierno: si la de la verdadera nivelación, que consiste en puridad en no aumentar una peseta en los gastos, ó la equívoca actitud de los que, escudados ante necesidades y conveniencias de ellos, pretenden nuevos aumentos y alguna gabela más sobre el país.

El ministro de Hacienda quiere que el día 15 estén en su poder todos los presupuestos particuáres de los departamentos, para confeccionar el presupuesto general.

En el próximo Consejo se tratará, por tanto, este asunto importantísimo, y el conflicto ministerial latente surgirá con toda la gravedad de una crisis en momentos en que el Gobierno prepara el decreto de disolución del Parlamento y de convocatoria de nuevas Cortes.

Las posiciones del ministro de Hacienda son fuertes, y, sobre todo, cuenta con el valiosísimo apoyo de toda la gente adinerada que posee papel, y que lo que les interesa es el *superávit* para distribuirse alegremente el sobrante, sin preocuparse ni la instrucción pública, ni el fomento de nuestra riqueza, haciendo cuanto se pueda en Agricultura y Obras públicas, ni nuestras defensas terrestres y marítimas, ni nada, en fin, de cuanto pueda significar progreso y mejoramiento.

Los ministros que reclaman aumentos se apoyan en esa corriente de opinión que reclama mejorar aquellos servicios, y tampoco van desarmados á la contienda; por eso la lucha ha de ser empeñada y los contendientes han de realizar toda clase de esfuerzos para vencer, y uno de los beligerantes tiene que quedar vencido, y el Gobierno deshecho, y la crisis necesaria

é impuesta por la fuerza misma de las cosas; lo que hay es que de la lucha resultará otro derrotado y espoliado: el país, y que triunfe una política, se imponga la contraria ó se someta uno de los contendientes, España seguirá en el pantano, sin que la salve nadie, como no se salve ella misma mediante el esfuerzo de los buenos patriotas; porque ni el país experimentará las ventajas de la política de nivelación, ni le alcanzarían los beneficios de las decantadas mejoras.

A. A.

Murmuraciones

Nos quedamos sin gobernador en propiedad.

Tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas, han venido á parar en que el señor marqués de Montesa no se aviene á estar en Sevilla.

Dice el señor marqués—hablo por boca de sus amigos los periodistas noticieros—que se ve precisado á abandonar este puesto porque su candidatura por *Casalla*—según *El Liberal*, pero que debe de ser Tafalla—peligra.

Y no debe de ser eso. Lo que pelagra, indudablemente, en Sevilla, es la seriedad del señor Gobernador, quien no puede resistir las imposiciones del caciquismo.

Esto no lo ha dicho el señor marqués de Montesa; pero como esa es la enfermedad que mata á todos los gobernadores que mandan hacia acá, nada nos extraña la actitud que ha tomado dicho señor, ni la prudencia con que trata de despedirse.

El señor marqués de Montesa nos ha resultado un meteoro.

Su gobierno, entre idas y venidas, no habrá llegado á un mes.

Se va, pues, de Sevilla sin haber dejado en ella otra cosa que su reparto de los fondos de la Higiene.... (¡Un mes nada más!)

Los otros meses habrán tenido igual aplicación.

Esto es:

A las Hermanitas del Corazón de Jesús, 50 pesetas.

A las tías de San Antonio de Padua, 100 pesetas.

Los buenos propósitos que trajo, al decir de los agentes turiferarios de todos los gobernadores que llegan á Sevilla, se han quedado en propósitos.

Así lo dijimos al principio, y así ha sucedido.

Y para hacer ese papel desairado—dado que el señor marqués de Montesa es un hombre independiente—no debió de salir de la Corte ni darse á conocer como servidor de diez mil pesetas de sueldo con descuento.

El anuncio de que los republicanos de Barcelona van á presentar candidatura cerrada en las próximas elecciones de diputados á Cortes ha inspirado una idea diabólica al integérrimo ministro de la Gobernación, señor Maura, el incorruptible cuñado del malogrado y antipático político español señor Gamazo.

La idea diabólica consiste en decirle al gobernador de Barcelona que ponga obstáculos á la marcha de aquel Ayuntamiento, no aprobándole los presupuestos.

La Corporación popular se atufó, y hasta se habló por los individuos que la componen, sin distinción de clases, de tomar medidas radicalísimas, presentando en masa la dimisión.

Pero... los concejales republicanos, que se olieron la tostada, exclamaron:

—¡Qué dimisión, ni qué berengena! Eso es lo que desearía el Gobierno para nombrar un Ayuntamiento de real orden y destrozarnos las elecciones que se avecinan á pucherazo limpio. Nada de dimisión. Hablemos claro al pueblo de Barcelona, y sepa que si el Ayuntamiento desatiende los servicios municipales lo hace obligado por el Gobierno central, á quien obedece el señor Gobernador.

¡La revolución desde arriba!

Se está viendo claramente.

Se saldrá con ella el señor Maura.

Se hará la revolución porque él la está provocando con sus hipocresías de moralista católico.

Un periódico de Málaga anuncia con extrañeza que entre todos los papeles que hallaron en la maleta del criminal aprehendido —*Chato de Jaen*, etcétera— ha hallado la policía certificado de buena conducta.... Y muy enfadado sale diciendo el colega: —¿Quién ha sido el que lo ha dado? —¿Qué autoridades son éstas que á un criminal da patente de hombre de bien? —No hay enmienda? —¡No hay enmienda, amigo mío! Teniendo algunas pesetas, todo se logra en España, mande ó no mande Silvela.... Si es esto un presidio suelto ¡desde el tiempo de Isabela!

El *Noticiero Sevillano* de hoy, despidiendo al señor Gobernador, ha tenido una frase feliz.

Dice que Sevilla, en razón al poco tiempo que duran en ella los primeros funcionarios civiles, es "un apeadero de gobernadores."

El único que nos ha durado algún tiempo fué don Enrique de Leguina.

Y eso fué porque don Enrique tenía más de torero que de gobernador.

¡Toreaba al caciquismo á las mil maravillas con la muleta!

Cómo tratan en Roma á los peregrinos. Habla uno que lo ha visto:

"Es de mal efecto para el peregrino ver que al obispo que lo conduce, y á quien él tanto venera, lo tratan en el Vaticano con olímpico desprecio, y lo humillan ante cualquier venusto preladito barbilampiño y afeminado, que usa más colorines, más cintas y preseas, sin ser acaso diácono, que los arzobispos y altos dignatarios."

Y sigue diciendo:

"Y ¿qué le dan al peregrino á cambio de todo esto? Absolutamente nada. El Papado es como los fariseos judíos, de quienes decía Cristo que tomaban y no daban, decían y no hacían. Las prerrogativas que da el ser peregrino, son: visitar en ruta, como niños de la escuela y de prisita, las salas del Vaticano abiertas al público; entrar en San Pedro el día que es necesario que haya gran concurso para que dé los ¡vivas! deseados, y ver una sola vez, también de prisa, al Papa, el día que recibe á la peregrinación respectiva para que suelte la carga de dinero y de cosas que lo valgan."

Y.... ¡jarrea, católico, para tu tierra!

Dice un colega, quejándose amargamente:

"Es una infamia que algunos vendedores agüen ó adulteren de cualquiera otro modo la leche destinada al abastecimiento público.

Su mayor consumo se hace por enfermos y niños pequeños que, á causa de esa adulteración, no se alimentan bien, pierden fuerzas y se agravan en poco tiempo.

Por esa causa muchos pobres niños se encuentran canijos.

Esta manera de estafar, con daño de la salud, es la más inicua."

Lo mismo que hacen los lecheros con la leche, igualito hacen los ministros con las leyes.

Las adulteran á su placer.

Y, como aquéllos, hacen daño á grandes y chicos.

Así es que, á su modo, en España hay muchos, es decir, son muchos los lecheros.

Dice un telegrama remitido desde Madrid:

"El general Henestrosa, recientemente fallecido, ha dejado en su testamento un duro diario vitalicio para el criado y la criada que le servían, además de la casa con todos los muebles.

Ambos sirvientes, que sostenían relaciones, se han tomado los dichos y contraerán matrimonio en breve plazo."

Esta pareja rezará aquello de....

—Bendita sea la hora de tu muerte. Amén. Jesús.

CARRASQUILLA.

En la faena

Bajo el ancho cielo, donde había impreso la lluvia de la pasada noche los tonos de su paleta gris, extendiase la colmena humana, dorada por los rayos del sol. Sonaban dentro de la misma cantos roncós y metálicos golpes: el canto del minero acompañando su tarea, el golpe del pico peleándose con la roca. Chirriaban las cadenas, rendidas al peso de los ascensores; caían los irregulares pedruzcos, por aquellos traídos, dentro de las vagonetas, prontas á recorrer la vía; pitaba la máquina del tren, apercibiéndose para el arrastre su potente musculatura; y mientras unos trabajadores aguardaban el arribo de nuevos materiales, subíanse otros á las vagonetas, esperando la maniobra y dejando caer sus cuerpos sobre los montones de mineral, que parecían, por su colocación, inmensos coágulos de sangre anémica.

En los hornos, en los talleres, notábase el mismo incesante y bárbaro trajín. Entraba el mineral dentro del horno para convertirse en lago de lumbre y salir bramando por la rota vena de la sangría, y caer en el molde como una catarata de luz. Al siniestro resplandor de la fundida masa parecían los obreros ciclopes, titanes cuando levantaban con la gigantesca tenaza la pasta hecha fuego; demonios cuando al resplandor brutal de la sangría coloreaba de rojo sus carnes llena de sudor.... Por los talleres, cientos y cientos de hombres continuaban martirizando el hierro para hacerlo útil. Los martillos pilones lo estrujaban sin compasión; sin piedad los distendían los laminadores, y sin descanso lo afinaban pulimentadores y cepillos. Cada instrumento que lo mordía, cada golpe descargado sobre él, hacían al hierro más consistente; y, golpe tras golpe, mordedura tras mordedura, llegaba la hora en que, limpio de toda impureza, vestido con este ó aquel traje mecánico, dirigíase á los extensos malecones y emprendía el viaje á otros países, para ser en ellos productor incansable de progreso y de fuerza.

¡El martirio del hierro! Necesario ha sido el beneficio del adelantamiento material de globo. Preciso es que el pico arranque el hierro de la roca, y el fuego lo abraza, y el molde lo oprima, y el martillo pilón lo aplaste, y el laminador lo disipe, y el cepillo lo pula, y la forja lo escul-torice, para que el hierro sea médula de la industria, conductor de la civilización y auxiliar poderoso del hombre. Sin el martirio por él sufrido fuera materia inútil, pedruzco inservible, infecundo coágulo de sangre anémica....

¡Siempre el martirio sirviendo de cuna y de maestro á todos los progresos, lo mismo al progreso de mineral que al progreso del hombre!

¡El martirio del hierro! ¡La torturación del hierro para ser útil al ensanche material del mundo! ¡Qué semejante es su martirio, en la forma y en la finalidad, al de los hombres que lo fabrican!

Miradlos allá abajo, en el fondo obscuro de la mina, arrancando con ímprobos esfuerzos trozos de mineral, conduciendo con jadeante marcha la recargada carretilla, recostándose sobre los pedruzcos contusionadores hacinados en la vagoneta, tostando sus cuerpos al calor asfixiante del horno, sufriendo el peso étnico de la sangría, partiéndose los músculos para sostener la tenaza y arrojar la pasta en el molde; víctimas de su trabajo durante la faena; víctima de la miseria, del hambre, de la ignorancia y del abandono, cuando su faena termina. ¡Cruel martirio el suyo! ¡Más cruel que el del hierro! El hierro no tiene nervios que vibren dolores, no tiene conciencia que razone las iniquidades; el hombre, sí; pero su misión es más alta, y á más alta misión más horrible tortura.

Martirio espantoso, estimulado por el egoísmo social. También es espantoso el martirio del hierro y, sin embargo, a su martirio debe el hierro su poderío actual; al martirio futuro deberán los trabajadores su futura grandeza. El martirio no es una tala, es una simiente.

¡El martirio!... También fuimos nosotros martirizados los que vivimos hoy, es decir, los que hoy viven dichosos gracias a las victorias ganadas, sin acordarse de que fueron presa de crueles explotaciones, de tormentos infames, de injusticias salvajes que aguzaron sus entendimientos y sublevaron sus conciencias y avivaron sus energías, haciéndolas reclamar el derecho a ser hombres, que reyes y príncipes, nobles y clérigos, los robaban para la satisfacción de sus egoísmos.

Acaso sin tanto martirio hubiesen permanecido inactivos, sin reclamar su puesto en la vida y su puesto en la vanguardia del porvenir. Aquel martirio les dió alientos para la lucha y los hizo libres, señores. Sólo que los señores se olvidaron pronto de que habían sido siervos y se dedicaron a hacer siervos también.

Cruel es el martirio que ahora sufren los forjadores de hierro, los obreros todos. No importa aguzarán sus inteligencias, pulirán sus espíritus, acrecentarán sus deseos de ser libres, de ser hermanos y no esclavos de los otros hombres, y, martirio tras martirio, el obrero llegará al afianzamiento de su derecho, a la renovación del mundo social, a la santa conquista del trabajo libre, como el hierro ha llegado a la conquista del mundo material y a la renovación de la industria.

Así pensaba yo contemplando la humana colmena que bajo el cielo, de un azul pálido, se extendía, y fijando los ojos en una pobre mujer del pueblo que, recostada sobre uno de aquellos montones de mineral, semejantes a inmensos coágulos de sangre anémica, aguardaba el cesto de la comida a los pies y un niño en los brazos, la salida de los obreros.

Dieron las doce; al encuentro de la mujer avanzaron un hombre de cuarenta años y un joven de quince: el hijo mayor y el marido. Los dos eran fuertes, musculosos. El padre tenía la cara curtida por el fuego del horno; el hijo los cabellos rubios como un haz de rayos de sol. Los dos mostraban en sus rostros sudosos, en sus cuerpos derrengados, el cansancio de la improba tarea...

El niño pequeño tendió las manos hacia el padre, y éste, cogiendo con las suyas aquel pedazo de carne inocente y sana, gritó, mientras besaba cariñosamente sus mejillas color de rosa:

—¡Ven aquí, rey del mundo!

¡Rey del mundo!... lo era, y si él no llegaba a serlo, lo serían sus hijos, porque aquel niño era carne desprendida del trabajo servil, que hace a los hombres esclavos y enemigos; pero acaso lo era, y, si no llegaba a serlo, podría engendrar carne del trabajo futuro, del santo trabajo obligatorio y libre, que hará del mundo un imperio común, donde todos los hombres serán reyes, porque todos serán hermanos.

JOAQUÍN DICENTA.

UN ÉXITO DE AUTORES SEVILLANOS

Los escritores sevillanos, D. Francisco de Torres y D. Diógenes Ferrand, han obtenido el pasado martes, en el teatro Lara de Madrid, un triunfo tan legítimo como verdadero. El diálogo titulado *Se le gratificará*, que escribieron en colaboración para que el simpático y eminente actor D. José Santiago lo estrenase en la noche de su beneficio, tuvo una entusiasta acogida por parte del culto público que a diario acude al coliseo de la calle Corredera, y sirvió, además, para que se conquistasen calurosas ovaciones el beneficiado y la monísima actriz Clotilde Domus, que compartió con aquél la delicadísima labor que exigía la producción de nuestros ilustrados compañeros.

Este primer y acertado paso dado por los Sres. Torres y Ferrand en el feudo madrileño nos llena de júbilo y satisfacción, y deseamos de todas veras que sea el primero de una serie tan brillante como se puede esperar de ellos.

Como, por nuestra calidad de amigos,

todo cuanto dijéramos del éxito obtenido pudiera creerse apasionado, copiamos a continuación un admirable artículo que en un periódico local ha escrito el reputado escritor que se oculta con el pseudónimo de R. Mirat, que en un todo se ajusta a lo que opinamos acerca del diálogo *Se le gratificará*, que tanto ha mortificado a ciertos críticos madrileños, impotentes para todo lo que sea labor positiva y original.

Hé aquí el artículo a que nos referimos:

“Dos autores sevillanos, aplaudidos ya en provincia, acaban de alcanzar en Madrid un verdadero triunfo escénico, ruidoso y de buena ley.

Francisco de Torres y Diógenes Ferrand son los jóvenes autores a que nos referimos. La alta consagración de su su pervalía intelectual—aunque para nosotros no necesitara aquilatarse en el contraste del público madrileño, por estarlo de antemano suficientemente cimentada—la recibieron en la noche del martes 10, función a beneficio del actor cómico Pepe Santiago, en el teatro Lara con su precioso diálogo titulado *Se le gratificará*.

Ha sido un éxito legítimo que nos regocija. Una valiente victoria que nos llena de noble júbilo. Porque son tan escaso hoy día los triunfadores, los intrépidos guerreros de la idea, los animosos combatientes de la santa lucha del pensamiento, en todos los campos de la belleza y en todas las manifestaciones de la literatura y el arte, que, cuando en medio del páramo surge lozana y esbelta, sobre erguido tallo, la hermosa flor del talento, desafiando los vendavales de la envidia, las insidias de los necios y los saetazos de la mediocridad, es preciso pasmarse como ante cosa insólita y desacomumbrada y batir las palmas del entusiasmo.

Conociendo la obra, como la conocíamos, no nos ha extrañado hayan ganado los Sres. Torres y Ferrand la batalla en toda la línea. Era cosa esperada.

Se le gratificará es un diálogo lindo, movido, ingenioso, que basta por sí solo a labrar una reputación, encierra más miga de lo que pudiera juzgarse a atender al título.

Es una entretenida *causerie* entre una mujer de mundo y un elegante saltador de salones, que mutuamente creen encontrar en el otro lo que, en realidad, no se halla en ninguno. Fortuna, posición, consideración social, triple objetivo de sus aspiraciones sibaritas, salen fallidas en el curso del primoroso y sutil diálogo en que las negruras de las dos concupiscencias se ponen al descubierto. Al comprenderse, al darse cuenta del fiasco, hombre y mujer se separan pronunciando frases de una acerba ironía. Desnudas sus almas, la palabra pierde el pudor y hablan con la ruda crudeza de los compinches que siguen el mismo juego. El estilo es escogido; la técnica de la locución, rica; el fondo del coloquio, profundo, tendencioso y lleno de donaire, y el conjunto de todo el primoroso trabajo excesivamente humano, real y viviente. En el espacio de tiempo en que los dos personajes se tirean con esas *sans-façon* del mejor género, propio de los arbitrios de la moda y del descoco *fashionable*, el espectador disfruta viendo la exactitud de la copia y la fidelidad con que aparecen daguerreotipados en la escena los diversos estados de espíritu de la mujer que quiere aparentar de gran señora y del hombre que encierra en el atildado corte del frac las sordas codicias del advenedizo.

En suma, los Sres. Torres y Ferrand han sabido, no introducirse, sino penetrar en el templo por la puerta grande.

Nosotros nos felicitamos del suceso.

R. MIRAT.

DENUNCIA O CRIMEN

¿Se quiere hacer administración? Cada una de sus ramas es hoy una vasta y dificultísima ciencia. La cantidad de datos, de noticias, de hechos cuyo conocimiento precisa, es verdaderamente enorme. Un estadista necesita ser una enciclopedia viviente. Quien, sin poseer la necesaria competencia, se meta a administrar la cosa pública, hará con el cuerpo social lo que haría con el cuerpo humano quien se

metiera a operarle sin conocer la anatomía. Spencer ha mostrado magistralmente las consecuencias extrañas, inesperadas, sorprendentes, que tienen a veces las medidas en apariencia más sencillas. Hay que conocer muy a fondo la estructura de la sociedad antes de permitirse poner mano en tan completo organismo.

¿Se quiere hacer riqueza? No basta trabajar, tener actividad é iniciativa. La producción, que hace aun medio siglo se realizaba empíricamente, obedece hoy a las prescripciones de la ciencia. Ni una sola de sus ramas deja de necesitar al hombre técnico. Toda explotación entraña un problema científico. Ciencia son ya la miseria, la agricultura, la ganadería, como los transportes y la industria. La esfera económica es toda ella ciencia aplicada. Naciones hay que en pocos años se han erigido en grandes potencias productoras gracias a la sabiduría de sus mecánicos y sus químicos.

¿Se quiere hacer la guerra? El «genio militar» ha caído en el mismo desprestigio que el ojo médico. Son estas adivinaciones, presentimientos de la genialidad, propios de las épocas pre-científicas, pero que se desvanecen cuando llega el momento de la ciencia real y los conocimientos positivos. Hoy el saber de la victoria. La ciencia no sólo suministra a la guerra el material sino también el arte de servirse de él. Napoleón es el último capitán que ha hecho la guerra por intuición. Una campaña es ahora una monografía; una batalla, un problema. Dígalo Molke, a quien nos pinta Zola vencido infaliblemente por virtud de puras combinaciones algébricas. Hasta los vencidos en Sedan convinieron a la postre en que su vencedor había sido el maestro de escuela.

Y ¿a qué seguir? La ciencia lo es ya todo. Es riqueza y victoria y buen gobierno. Es vigor y alegría y salud. Es verdad y bien y belleza. Es fe y consuelo y esperanza. Hoy es la luz que nos guía; mañana será el calor que nos anime y nos conforte. Todo lo da en el mundo de lo real; todo lo promete en el cielo de lo posible. Fuera de ella no hay salvación. Pueblo que de ella reniegue se halla condenado a decadencia forzosa y a muerte inevitable.

¿Que esas son vulgaridades? ¿Que son trivialismos? ¿Que no hay nadie que las niegue si está en sus cabales ni nadie que las desconozca si goza de sana razón? ¿Si? Pues dos de cada tres españoles no saben leer. Pues aquí, salvas contadísimas excepciones, no hay enseñanza ni técnica ni teórica. Pues un profesor de Universidad percibe en España un sueldo que no le permite vivir. Pues el profesorado, con ó sin oposición, se recluta por lo común entre los favoritos de nuestros oligarcas. Pues hay maestro que tiene asignado un haber de 125 pesetas anuales. Pues hace poco se debía aún a los maestros diez millones de pesetas. Pues no existen apenas entre nosotros ni locales para escuelas ni material escolar. Pues la ley que hizo obligatoria la enseñanza, aguarda, desde mediados del siglo XIX, un Gobierno que la haga cumplir. Pues las cátedras experimentales de la alta enseñanza universitaria suelen disfrutar de la pingüe consignación de sesenta pesetas por año. Pues España gasta en enseñanza menos que Nueva York. Pues la instrucción pública es aquí para el Estado una fuente de ingresos, como la lotería ó el tabaco. Pues el ministro de Instrucción introduce economías en el irrisorio presupuesto de su departamento. Pues Silvela dice a todo el que le quiere oír que en España es la enseñanza oficial muy inferior a la de los jesuitas y escolapios. Pues uno de los propósitos de este Gobierno de la revolución desde arriba consiste en deshacer lo único bueno que hizo el último Gobierno fusionista, volviendo a colocar a los maestros bajo la férula de los Ayuntamientos bárbaros é insolventes. Pues Villaverde sueña con obtener un superávit de cien millones sin que le haya pasado por las mientes consagrar el todo ó parte de esa suma a la santa tarea de desasnarnos...

¿Es torpeza ó dolor? ¿Es demencia ó crimen? Hé aquí una duda que nos suele asaltar a cada paso en presencia de actos que, por lo absurdos y disparatados, nos parecen inverosímiles. Al inducir de lo conocido de los efectos a lo ignoto de las instituciones solemos achacar a malicia aquello que juzgamos imposible explicar por ineptitud. La conducta de estos gobernantes restaurados, por lo que a la educación nacional afecta, ¿no entra de lleno en la categoría de esas cosas que, ni aun ante el juicio más favorable é indulgente, tienen honesta explicación?

Sin duda es la idea que solemos formarnos respecto de la capacidad real de nuestros gobernantes excesivamente lisonjera. Oyéndoles casi parecen algo. Engañan. Hablan, peroran, a veces hasta escriben, pero no tienen nada dentro. Carecen al rapa de las dotes que constituyen un estadista. Asombra la superficialidad de su

cultura. Son, en su inmensa mayoría, abogados, más ó menos listos, más ó menos hábiles, pero cuyo horizonte mental trasciende apenas de la Novísima y de la ley de Enjuiciamiento. Llevan este *rabulismo*, ya en el os consustancial, a la gubernación del Estado. Cambiando de carteras a cada paso, declarándose igualmente aptos ó igualmente ineptos para todo, ellos mismos se hacen justicia. El más sabijondo de entre ellos tiene apenas un barniz de erudición, las más veces ociosa é impertinente. Sentido filosófico, conocimientos científicos, Dios los dé. Ellos reputan todo eso bagaje embarazoso y se rien de la ciencia y de la filosofía como pudiera hacerlo un patán. No hay acaso una sola que sea verdaderamente de su tiempo. A poco que se les arañe la epidermis se topa con el hombre medioeval. De los problemas actuales, de los intereses, de los sentimientos, de las ideas que agitan a la sociedad contemporánea, apenas si tienen noticia. Viajan en tren, pasean en automóvil, se sirven del telégrafo y del teléfono sin preguntarse de qué suerte y por qué procedimientos se han realizado tales maravillas. Ni ellos entran en la civilización ni la civilización entra en ellos.

Así y todo, las deficiencias de cultura de estos estadistas de ocasión no bastan para explicar el abandono, con vislumbres de hostilidad, en que dejan la cultura de todos. ¿Tan ciegos son que no ven lo que todo el mundo? ¿Tan sordos están que no oyen lo que todo el mundo dice? ¿No llega a sus ministeriales despachos el clamor universal que, en España y fuera de España, delata la causa primera, casi única, de nuestros duelos é infortunios? ¿Desconocen los vergonzosos datos estadísticos que ya son familiares hasta a los niños de la escuela? ¿Nada han aprendido en los hechos; nada les ha enseñado el desastre? ¿Ignoran que un pueblo desprovisto de los primeros rudimentos de la educación no puede ser libre, ni rico, ni sano, ni limpio, ni alegre, ni moral? ¿No es más verosímil que el suponer cbeccación tamaña el presumir que los secuaces de este régimen, que vienen siguiendo de tiempo inmemorial esa política de nacional embrutecimiento, tienen en ella sumo interés y les va mucho en que España permita en ser el garbanzo negro entre los países civilizados?

Torpeza ó malicia, crimen ó locura, tanto monta. Yo me imagino que, por un hado fatal, la dirección de los destinos de esta triste patria estuviese encomendada a sus mayores enemigos; a los que envidian nuestras glorias, a los viejos rivales cuya saña no basta a satisfacer la humillación y abatimiento de la que fué una gran nación, a los que aún puedan temer algo de su resurrección posible, a los que deseen su muerte para repartirse los despojos, y me pregunto qué más podrían hacer todos ellos para emborrecerla, corromperla, envilecerla y degradarla.

ALFREDO CALDERÓN.

TEATROS

CERVANTES

Ante un público selecto que ocupaba todas las localidades y galerías de este teatro, celebró anoche su beneficio la notabilísima artista Carmen Domingo.

La *Regina de La fiesta de San Antón*, la *Delirio de El barbero de Sevilla*, la *Bianca de La flor de la montaña* y la *Adela de Una vieja*, obtuvieron una interpretación irreprochable por parte de la beneficiada, quien, como nuestros lectores saben, es una artista completa, tan notable en su exteriorización lírica como dramática.

Dicho esto parece innecesario añadir que el público la colmó de aplausos y sus vehementes admiradores de flores, palomas y regalos.

Carmen Domingo, a más de cantar las cuatro secciones de la noche, obsequió al público con una linda romanza de *El salto del pasiego* y con un monólogo titulado *Mi beneficio*, que podemos decir fué el clou de la noche, de autor anónimo, cuyo incógnito nombre logró descubrir el público a fuerza de nutridos aplausos y de una insistente demanda, y, gracias a la perseverante actitud del auditorio, logramos saber primero, y luego ver en el palco escénico, recogiendo el premio de su estimable labor, al joven cordobés, *amateur* de la prensa, don Antonio Jaen.

Nuestro amigo el señor Jaen ha puesto en su obra, con la más exquisita habilidad, todo el amor que él es capaz de sentir por los éxitos de su prometida la señorita Domingo, y en su trabajo engarzó todos los